

Roberto Meza Fuentes

## La poesía de José Santos Chocano

### I

José Santos Chocano, poeta de la gran generación, la de Rubén Darío, Leopoldo Lugones, Amado Nervo, inicia en Chile la publicación de su obra de madurez. (1) Fué hasta hoy nuestra ufanía que Rubén Darío comenzara en tierra chilena su canto que renovó la lírica española. Agregaremos ahora a este señalado orgullo el del comienzo de la publicación de la definitiva obra cíclica de Chocano que habrá de confirmar, acrecentándola y depurándola, su calidad de altísimo poeta. Cuatro libros de esta hora de plenitud alcanzan a esbozar su firme y armonioso perfil en estas *Primicias de Oro de Indias*. Son ellos: *Tierras Mágicas* (Poemas Panteístas), *Las Mil y una Noches de América* (Poemas Maravillosos), *Alma de Virrey* (Poemas Galantes) y *Corazón Aventurero* (Poemas Vitales). El segundo tomo de *Primicias* anticipará los dones líricos de otros cinco libros: *Pompas Solares* (Poemas Orficos), *Sangre Incaica* (Poemas Patéticos), *Fantasia Errante* (Poemas Múltiples), *Estampas neoyorquinas y madrileñas* y *Nocturnos Intensos*.

¿Qué agrega este primer tomo de *Primicias*, punto de arranque de cuatro nuevos libros, a la obra de Chocano repartida con profusión entre dos continentes, en medió de admiraciones rotundas y negaciones rencorosas? Teníamos hasta aquí

---

(1) *Primicias de Oro de Indias* por José Santos Chocano. Ilustraciones de Luis Meléndez y Huelén. 385 páginas. Imprenta «Siglo XX». Santiago de Chile, 1934.

la imagen de un Chocano tribunicio, elocuente, soberbio, megalómano, avasallador y despótico. Y, aunque alguna verdad había en todo esto, no éramos completamente justos cuando olvidábamos la vena secreta de la ternura que asomaba en más de una página de *Alma América* y *Fiat Lux*. Recordábamos que el poeta había dicho: «O encuentro camino o me lo abro» (Imperial voluntad de dominio). Pero olvidábamos este otro lema que hoy reaparece, resplandeciente de verdad perenne: «En mi arte caben todas las escuelas como en el rayo de sol todos los colores». Unica profesión digna de un artista verdadero que, filósofo tanto como poeta, ama la unidad en la variedad, la plenitud en las cosas aparentemente extrañas que sólo esperan la mano inteligente y ordenadora que las haga rimar y ritmar en la gracia del verso perfecto.

Chocano usó y abusó en un tiempo de la decoración tropical; hizo de sus poemas vastos lienzos rutilantes para mostrar en delirio colorista nuestra fauna y nuestra flora; cantó con emoción de patriota las glorias de su tierra y lloró con lágrimas de hombre sus desventuras; ardió en sus versos consumido por el ansia nobilísima de ser el poeta de América; llegó a España para hacer resonar en la metrópoli la lengua de Cervantes con el acento original del oro ultramarino; quiso, como fraternalmente Rubén cantó un día,

*concretar el decir de todo un continente.*

Para juzgarlo con serenidad estorbó acaso esta escenografía exuberante, multicolora y primitiva que ahogaba y ocultaba entre sus galas fascinantes la auténtica emoción del hombre y la pasión del poeta verdadero. ¡Y qué profunda era aquella y en qué llama de sutil refinamiento interior ardía ésta en el ascua roja de su corazón! Con las arengas del poeta civil, sacudidas por una emoción continental, balbuceaba la voz íntima, recogida y humilde de un niño tímido que, en un rincón, recordaba en silencio una infancia de tristeza:

*Yo no jugué de niño; por eso siempre escondo  
ardores que estímulo con paternal cariño.  
Nadie comprende, nadie, lo viejo que en el fondo  
tiene que ser un hombre que no jugó de niño.*

A la tragedia íntima que queda en el misterio, se suma la angustia civil de su patria desgarrada en una guerra fratricida. Siente el niño en torno suyo los ayes y las desesperanzas del desastre y la exaltación de un futuro más venturoso. Adolescente, lucha con ímpetu heroico contra la tiranía:

*Después, mis dieciocho años corrieron como río  
sinfónico, por entre cañaveras bravío.  
Bebí en el tosco vaso de las revoluciones,  
me retorcí entre hierros, erré por las prisiones;  
y yo, que no fui niño, me decidí a ser hombre.  
Antes de tiempo supe del calabozo obscuro  
y el pan amargo y duro;  
pero dejé mi nombre  
escrito en letras rojas sobre la cal del muro.*

Después de tanta pasión y tanta lucha, como en los bíblicos tiempos, el poeta soñaba en una idílica visión de leyenda:

*Tal es cómo mi verso finge una ceiba enhiesta,  
a cuyo pié dictaron cien caciques sus leyes  
y bajo cuya sombra pueden dormir la siesta  
veinticinco pastores con sus cincuenta bueyes.*

Aquí alcanza Chocano una alta y noble serenidad que purifica las bélicas visiones que han entenebrecido, por momentos, su canto. Algo hay de sosegado y patriarcal en estos versos que marcan la transición de la violencia iluminada de sus *Iras Santas* a la dulzura apacible de *En la Aldea*, dos primeros libros que desdeñosamente olvida más tarde el poeta hasta borrarlos de la lista de sus obras.

Esta emoción de soledad en la infancia, de rebeldía en la adolescencia, de cansancio antes de trasponer los umbrales de la madurez («He vivido poco, me he cansado mucho»), la ha prodigado Chocano en sus mejores poemas líricos. Paralelamente ha ido naciendo su poesía civil tan vivida como ésta, más recogida y dulce, de su intimidad. Amigo de Madero y Pancho Villa en México; de Estrada Cabrera en Guatemala; de Leguía en el Perú, ha traducido en versos de viril sonoridad

momentos culminantes de la vida de esas naciones, que han sido horas decisivas de su propia vida.

De regreso a su patria tras azarosa andanza, recibe la consagración de una apoteosis nacional. El Presidente de la República ciñe su frente con una corona de laurel de oro. Chocano no trae otra gloria que la de sus canciones. Y el Perú entero vibra con ellas. Cualquiera que sea el juicio que hagamos de la actitud política del poeta y del mandatario, reconozcamos en el acto de la coronación un delicado homenaje del poder a la inteligencia, de la fuerza a la gracia. Dijo entonces el Presidente Leguía: «Egregio Poeta: Habeis realizado una de las obras más grandes que el cielo ha encomendado a los hombres: la de pontificar sobre la tierra el culto impercedero de la belleza. Vuestra ciudad natal y el Perú entero, al que habeis ofrendado las joyas de vuestros cantos iniciales y al que legareis el renombre de vuestra inmortalidad, me encargan coronaros con un símbolo de apoteosis; y así lo hago lleno de júbilo patriótico en esta imponente ceremonia, que no es sino el prelude del homenaje que medio continente habrá de rendir, en breve, al más representativo de los poetas de América».

Contestó el Poeta Chocano: «¡Bienaventurados los pueblos que aman a sus poetas porque de ellos es el reino de la inmortalidad!» Y más adelante: «Cinco millones de almas se han confundido en una sola que al glorificar mi arte representativo glorifica también lo que representa mi arte. Mi arte está hecho de historia y de naturaleza; pero conste que en todas las manifestaciones de mi arte y de mi vida he cuidado de no desmentir el concepto emersoniano del poeta que debe, épico como Dante o lírico como Byron, armonizar, sinceramente, su vida con su arte, hasta llegar a ser el protagonista de su mejor poema». Y al final de su digna réplica al César: «El Perú debe ufanarse de la corona de laureles que ciñe a su poeta tanto como se engríe de la de espinas que ajustara las sienes de su Santa, pudiendo reposar sobre la seguridad de que la de espinas y la de laureles, la de Cristo y la de Apolo, según la sabia observación, son las dos únicas que no han caído ni caerán jamás al empuje de las revoluciones». Esto pasaba en Lima el 5 de Noviembre de 1922. Debemos acostumbrarnos a considerar la fecha como histórica para la poesía de América.

Mientras el Presidente Leguía coronaba al poeta, el pueblo asistía a otra ceremonia impresionante: en la casa en que el poeta, «hijo predilecto de la ciudad de Lima», había abier-

to los ojos al dolor y la alegría del mundo el 14 de Mayo de 1875, se colocaba una placa de bronce. Después de la coronación, el poeta recibía el homenaje de todo el Perú al pie del monumento al héroe nacional. En la noche, entre versos y flores, sus compañeros de arte celebraban al más grande de los poetas peruanos. Chocano rezó entonces su oración a Santa Rosa de Lima:

*¡Oh, Patrona de América: abre el piadoso manto  
para que en él refugien veinte pueblos su fe...!  
Yo sobre veinte pueblos hago volar mi canto.  
¡Pónlos tú de rodillas; yo los quiero de piel!*

Más tarde, en la soledad de sus *Nocturnos Intensos*, el poeta ha de recordar, como en el *Eclesiastés*, que hasta en la embriaguez del triunfo que parece anticiparnos la inmortalidad hay un sabor de ceniza, que recuerda nuestro triste barro mortal. Verdad que, al comenzar, dice con lírica utanía:

*Pueblo que ama a un poeta digno es de que él lo cante.*

Pero termina:

*Y ser, lejos de todos, completamente mto;  
porque la gloria tiene, como el placer, su hastío.*

Vuelve otra vez Chocano a la intimidad del niño triste, silencioso y solo. Rubén, silencioso, solo y triste, como él, había adivinado antes que nadie la tragedia de su lírico hermano:

*Y este fuerte poeta de alma tan ardorosa  
sabe bien lo que cuentan los labios de la rosa,  
comprende las dulzuras del panal y comprende  
lo que dice la rosa del secreto del duende...*

.....  
*Va como Don Quijote en ideal campaña.  
Vive de amor de América y de pasión de España  
y envuelto en armonía y melodía y canto  
tiene rasgos de héroe y actitudes de santo.*

Así escribió Rubén Darío en su *Preludio de Alma América*. Su claridad nos ilumina todavía cuando queremos penetrar en la sonora y frondosa selva de Chocano. Con ella nos internaremos a la mina de este *Oro de Indias* que es sol de América hecho canción.

## II

Vuelve Chocano a unir en sus versos de ahora su «amor de América» y su «pasión de España», que cantó Rubén Darío y que celebraron en su tiempo españoles de tan recia y castiza envergadura como don Marcelino Menéndez y Pelayo y don Miguel de Unamuno. Vió Chocano dos Españas—la España negra y la España áurea—y a las dos cantó con ternura emocionada y filial.

La visión negra, «fin de raza», estalla en un grito incontenible:

*Raza de leyenda, país de museo,  
al mirar las ruínas de tu actual dolor,  
siento que a la espada se me aprieta el puño  
y que se me aprieta más el corazón.*

En la visión áurea, «fe de raza», vuelve la consoladora exaltación de la esperanza:

*Raza de alegría, país de sol y oro,  
al mirar tus pompas y tus gracias de hoy  
siento que en la mano me palpita el arma  
y que me palpita más el corazón.*

Chocano es el buen español de América. Su canto quiere tener la primitiva gracia aborígen iluminada por el resplandor de la heroica raza conquistadora:

*Mis versos cubren siglos como si fueran moles:  
recortan nuevas cumbres y apagan viejos soles;  
porque así son los incas y así los españoles.*

*Pienso en España siempre que el canto rompe el vuelo  
como espiral sonora que envuelve todo el cielo:  
el cóndor es mi padre pero el león mi abuelo.  
Tal es cómo, por entre mis bárbaras canciones,  
pasan veinte naciones con veinte pabellones,  
se imponen cien tiranos y hay cien revoluciones.*

Y si piensa en la España profunda y eterna y celebra en su *Crónica Alfonsina* al Cid y Don Quijote, no deja por ello, para que ninguna cuerda falte en su lira, de rendir frívola y galantemente su tributo a la España de pandereta:

*Madre Andalucía, caja de alegría,  
pandereta heroica de vibrante són:  
es a tí a quien debo, Madre Andalucía,  
los desbordamientos de mi fantasía  
y las marejadas de mi corazón.*

Ya en el pórtico de su acendrado *Oro de Indias*, vuelve a su viejo amor de España, que encarna ahora en su glorioso antepasado don Gonzalo de Córdoba. Seguro de la respuesta afirmativa, pregunta al Gran Capitán:

*Puesto que ardió en tu sangre la fiebre que me inspira,  
recorre con tu espada las cuerdas de mi lira;  
y me dirás, entonces, si soy a tu mirada  
digno de que mi lira descienda de tu espada.*

Tenemos en el desarrollo lírico de Chocano la sucesión armoniosa de un motivo inicial que crece, madura, se purifica en el sufrimiento y destila la claridad de un verso que, leal a su antiguo acento, adquiere, de pronto, una nueva resonancia. Es el milagro del clásico que, con palabras de todos los días, hace versos de siempre y para siempre. Sin buscarlo ni quererlo, poetas de calidad tan egregia se incorporan a la tradición de su pueblo y de su raza y la enriquecen con nuevos matices de sentimiento y de expresión que después vemos derramarse pródigamente en la obra de los nuevos poetas y hasta en el lenguaje cotidiano de quienes ni siquiera han leído sus versos:

La atmósfera ha quedado llena de su influencia y, sin saberlo, todos la hemos respirado hasta fundirla con nuestra propia vida.

Por la puerta de un verso de Rubén, hemos penetrado a la esencia más íntima de la poesía de Chocano. Estaba escrito que para comprender a un poeta otro poeta debía abrirnos el camino. Siente Chocano la tragedia del continente al que, sin rencores ni violencias, quiere servir de verbo profético. («Walt Whitman tiene el norte, pero yo tengo el sur»). Y, a pesar de su aislamiento aristocrático que lo hace encerrarse no en la clásica torre de marfil sino en la de cristal, diáfana y armoniosa, no deja de advertir y vaticinar a los pueblos de América:

*Los Estados Unidos, como argolla de bronce,  
contra un clavo torturan de la América un pie;  
y la América debe, ya que aspira a ser libre,  
imitarlos primero e igualarlos después.*

Poeta civil, exalta en Guatemala la figura ejemplar de otro excelso símbolo de la raza: el indio Benito Juárez, liberador de México:

*Canto este viejo tronco de la montaña azteca  
poblada ancestralmente de genios y vestiglos,  
y el torbellino alado de su hojarasca seca  
que levanta en los aires su columna de siglos.  
Canto este viejo tronco de heroicas cicatrices,  
erguido entre el tumulto de las banderas rojas:  
canto el sudor de sangre que baña sus raíces  
y el viento de cien años que pasa por sus hojas.*

Buen hijo de su patria, ama, siente, lucha, sueña continentalmente. El libro, inconcluso, de su autobiografía tiene como paisaje y escenario toda nuestra América convulsionada y azotada por motines y revoluciones. En verso robusto ha sabido Chocano dar las gracias a esta naturaleza pródiga que le ha hecho sentir y comprender toda la grandeza y la miseria que significa la vida de un hombre sobre la tierra. Así ha dicho en su *Oda Continental*:



*El cóndor engolado y augusto,  
que retiene su vuelo  
sobre los picachos de Chile,  
espanta con su grito el silencio  
para decir la fuerza de Caupolicán tranquilo  
cual si fuese vaciado dentro de un molde homérico.  
Este cóndor enseña titilando  
en su pico un lucero:  
sus alas tienen la soberanía de los aires;  
su voz pasa libre por el estertor de un trueno;  
y en sus garras las cumbres andinas  
se arrugan como bajo la cólera de un gesto.*

Desmesurado como nuestra naturaleza, el poeta va recogiendo en su canto la voz de América y la pasión y muerte de sus héroes. Bolívar le inspira un poema, por desgracia, sin terminar: *El Hombre Sol*. El protagonista de nuestra gesta revolucionaria aparece como una fuerza cósmica, entre un coro de montañas, grave, solemne y religioso, resonancia en lengua de Cervantes del coro de la antigua tragedia. El Canto Cuarto, *Ayacucho y Los Andes*, único que el poeta ha podido escribir, condenado a menesteres más prosaicos por las urgencias materiales de la vida, está lleno de la emoción heroica y sagrada de las viejas epopeyas que celebran y anuncian el nacimiento de un pueblo. Si Chocano logra escribir su poema, le seremos deudores de la epopeya de América.

Por su profunda intimidad religiosa sabe ser este poeta el verbo de un continente, el vate que exalta, amonesta, aconseja, sin olvidar por eso sus angustias, sus anhelos, sus esperanzas, que, macerados en un sufrimiento silencioso, aparecen en su verso con un ritmo claro, puro y sereno. Humilde en su orgullo, dulce en su arrogancia, digno en su altivez, que no desafía pero que no teme la violencia adversa, muestra Chocano en su poesía un alma nueva encerrada en un antiguo vaso de dolor. Hay versos, como los de la prisión, en los que resplandece la más desolada nota humana que, acaso por eso mismo, es la más divina. Entonces es cuando comprendemos la adivinación genial de Darío que vió actitudes de santo en el cantor de *Alma América*. Yo me imagino al poeta de perfil cesáreo de los días de la coronación, vestido ahora con el sa-

yal de la humildad franciscana que cubre con su augusto silencio un heroico dolor:

*Como estoy satisfecho de las persecuciones  
y el laurel de la frente me ha brotado en el pecho,  
hermana mía, hermana, dale en tus oraciones  
gracias a Dios por todo lo que sufrir me han hecho!*

Oro del corazón, amasado con lágrimas y sangre, este *Oro de Indias* que revela hasta el fondo una ternura que el poeta guarda avaramente oculta. El dolor no le hace olvidar la lección de la gracia; y los cantos de la prisión, que son verdaderos salmos de serenidad y amor, se confunden con los versos galantes y finos en que el poeta, desterrado en el mundo contemporáneo, recuerda nostálgica y melancólicamente su vida de virrey:

*Nuestras Indias aportan el oro  
pero España le fija la ley;  
y tal oro acuñado en monedas,  
suele a Indias, a veces, volver.  
Tú eres onza del oro de Indias,  
con el sello y el busto del Rey*

.....  
*Pues te place, pasea por Indias:  
a tus pies se deshace el frufrú  
de las hojas de todas mis selvas;  
y a tus ojos, se ensancha mi Azul. ...  
¡Oh si hubieses venido, señora,  
cuando yo era Virrey del Perú!*

Tienen estos versos el perfume de un cofre antiguo, la fragancia de una *Tradición* de Ricardo Palma resucitada por el soplo mágico de la poesía. Virtud de poeta es la de enlazar el pasado legendario con el universo nuevo que en su canción está naciendo. Así las notas de *Oro de Indias* van penetrando en nuestro espíritu con el encanto irresistible de una sinfonía heroica que teníamos olvidada pero que, al aparecer, se apodera de nosotros y nos deja prisioneros de su gracia. Como en

la magistral creación de Beethoven podríamos inscribir como lema y clave del hechizo de esta poesía: «A la alegría, por el dolor».

## III

Al hablar de *Alma América* decía Menéndez y Pelayo que «sus brillantes e inspiradas poesías han de ser un nuevo lazo entre España y América». Y Unamuno apuntaba: «Chocano me trajo a otro mundo. Me llevó a América, a la América que se ve, se oye, se huele, se gusta, se palpa y se recuerda; y al llevarme a América me trajo a España, la España de nuestras leyendas y también a la España en que vivo». Un poema, entre todos, cautiva la atención del maestro salmantino: *El cóndor ciego*. Dice de él: «Trata de uno de los asuntos más profundamente poéticos, más sugestivos, más abismáticos que pueden darse; y es el del cóndor al que sacan los ojos, lo sueltan, se eleva derecho, como creyéndose en el fondo de un tajo andino y tratando de evitar rocas salientes, en busca de luz, buscándola arriba y cada vez más arriba, llega a alturas irrespirables y plegando la cabeza sobre el pecho, se desploma muerto de asfixia». Impresionó tan profundamente a Unamuno este símbolo del cóndor, que muere en el verso de Chocano «con las alas tendidas y la cabeza en alto», que, lustros más tarde, rezaba el místico del sentimiento trágico en el endecasílabo blanco de *El Cristo de Velázquez*:

*Ciegan, crueles, al cóndor de los Andes,  
lo sueltan, y el ceñudo soberano  
de las crestas, creyéndose en el fondo  
de barrancas sin luz, levanta el vuelo  
derecho, a plomo, así como guardando  
sus alas en los tormos de las rocas;  
va buscando la luz sin ojos, sube,  
no la encuentra ¡cuítadol y va subiendo  
y llega a las alturas en que el aire  
para el vuelo y el huelgo se adelgaza;  
no logra respirar, sigue buscando  
la luz de vida con sus cuencas ciegas;  
pliega sobre su pecho que revienta  
su corvo pico y se desploma muerto.*

Este drama de la naturaleza americana que, a través de un poema de Chocano, queda grabado a fuego en la mente del grande español viene a confirmar el fenómeno literario que un sutil crítico dominicano llamaba metafóricamente el retorno de los galeones. Dice Unamuno de Chocano: «Es un ambicioso y la ambición es camino de gloria». Y, al recrear en uno de sus más intensos poemas religiosos uno de los símbolos del poeta de América, le da la gloria de colmar la más legítima ambición de todo poeta: la de vivir, por un milagro de fecundidad espiritual, en el corazón de los lectores de sus versos y aumentar el mundo de las imágenes con nuevos hallazgos, que resuenan más tarde en la obra de contemporáneos ilustres en la historia del pensamiento y la cultura.

Desterrado en el siglo, enamorado del pasado esplendoroso de su país de oro, Chocano que, según su predilecta fórmula goethiana, cree que «poesía es el arte de pensar en imágenes» inventa leyendas miríficas con el deslumbramiento de un remoto príncipe oriental. ¡Ah! ¡Y cómo sueña en unas Mil y Una Noches de América él, que ha hecho del libro maravilloso el compañero inseparable de toda una vida! Esa su triste infancia sin juegos tiene un brote de encanto cuando la madre habla de Scherezada. Y así, paradójicamente, se da el milagro de que quien nunca fué niño se haya conservado, por eso mismo, niño para siempre.

Llega el poeta al mundo bajo un signo sombrío. El lo recuerda en unos versos que comienzan con un onomatopéyico ritmo marcial:

*Cuando nací, la guerra  
llegaba hasta la sierra  
más alta de mi tierra...*

Y ahora completa estos versos de antaño con unos más serenos, en los que dibuja el panorama de la inquieta y mudable fortuna de su vida:

*Me fuí a viajar en busca de mí; y hoy que regreso,  
llego a encontrarme. Encuéntrome al fin... ¿Niño otra  
(vez?)  
Niño soy, madre mía: me lo dice tu beso.*

*Yo sigo oyendo el mismo cuento de mi niñez.  
 ¡Quizás es niño alguien sin juego, ni risa, ni carrera?  
 Por lo mismo que nunca lo fui como debiera,  
 ya sé que no he dejado de ser niño jamás.*

Es la sabiduría del viaje. Sabiduría que se repite a lo largo de toda la obra del poeta que, en lo esencial, sabe permanecer fiel a sí mismo. Por poco que nos fijemos, hemos de encontrar estas correspondencias y resonancias de los libros iniciales en su obra de madurez y plenitud. Sin otro ánimo que el de insinuar un tema a los estudiosos diremos aquí que la piel del puma, el ala de ñandú, el éxtasis blanco de la magnolia y de la garza, el jaguar que persigue las tortugas hasta vaciarles la concha, las viejas ciudades heráldicas de nuestra tradición continental y otros temas diseñados en *Alma América*, aparecen ahora en *Oro de Indias* en poemas dignos de la antología como *El vuelo de la garza*, *El sueño del carey*, *El paseo del jaguar*, *Vida Errabunda* (Ciudades de Indias).

Vamos a concretar un solo ejemplo. Ayer decía el poeta al terminar el esmalte de un soneto parnasiano:

*Palpitan los vergeles con lúbricos excesos;  
 y así las garzas, hechas de espuma, tienen besos  
 con las magnolias, hechas de plata sin fulgor;  
 en primavera se unen bajo una misma clave,  
 como si la magnolia se convirtiese en ave  
 o como si la garza se convirtiese en flor.*

Hoy, con expresión más refinada, dibuja en un solo trazo magistral el vuelo del ave blanca:

*¿Una magnolia se habrá cansado de ser flor?*

Aquellos versos inolvidables de un amor de adolescencia, romántico e imposible,

*(¡Treinta noches estuve—siento horror todavía—  
 treinta noches haciéndole el amor a una muerta!)*

encuentran todavía su armoniosa y leal correspondencia en los recuerdos del hombre:

*Amé una vez a cierta  
mujer que estaba muerta;  
y en tanto que dormía  
ella el sueño tranquilo de que no se despierta,  
yo, a través de su calle, paseaba noche y día,  
miraba sus balcones, me acercaba a su puerta  
y, a pesar del reposo de su casa desierta,  
la sigo en mis recuerdos amando todavía.*

El niño, el adolescente, el trotamundos enamorado de los paisajes y las almas, el hombre que en pulcro verso español celebra y exalta nuestra tradición autóctona, reaparecen en *Oro de Indias* con el triste tesoro de una experiencia amarga, que en el poeta se trasmuta en inefable e inaudita armonía. Ya en *Alma América* nos había desenterrado de un viejo in-folio la figura aquilina de don Gonzalo de Córdoba. Hoy entenece el bronce del guerrero con una cascada de rutilantes cristales:

*Jardines sin confines en donde se consume  
la carne de las reinas entre ondas de perfume:  
jardines sin confines de música y olores,  
con baños bullidores que calman los ardores  
de cuerpos tentadores; y pájaros cantores,  
que dicen sus mejores amores a las flores,  
en trinos cristalinos y finos surtidores  
que brincan en las tazas en arcos de colores.*

La sinfonía wagneriana de nuestra selva no apaga el íntimo rumor del corazón del poeta, que sabe ser confidencialmente autobiográfico sin ocultar ni los más penumbrosos rincones de su vida. Y, así, en este hombre que parecía haberse impuesto la misión de cantar el pasado, sentimos las palpitaciones de la más reciente actualidad purificada siempre por la onda de una cordial e intensa poesía. Ciegos y errados anduvieron los que negaron sutileza a su poesía, extraviados momentáneamente por sus broncos trompetazos épicos. Hay en él la viril

envergadura de un fuerte cantor de la raza; pero hay también un tático poeta que se extasía voluptuosamente en la contemplación de una línea pura o en el nacimiento matinal de una rosa que es la clara canción de cada día.

En *Alma América* descubrió el poeta que el pino y la palmera de la balada inmortal se dan cita en su paraíso limeño, para romper el maleficio que los mantenía encadenados a un amor imposible:

*que sólo en tí se juntan, cual si un milagro fuera,  
los dos enamorados: el pino y la palmera.*

En su *Elegía Tropical* no consiguió que en nuestra tierra de pinos pudiera el melancólico Isaías Gamboa hacer resonar su canto de palmera nostálgica de sol:

*Y, en su visión, ganoso de regresar, los días  
contó que le faltaban para sus patrios valles,  
en donde estaba Cali con todas sus Mariás,  
con sus esbeltas torres y sus dormidas calles.*

.....  
*Poeta, duerme bajo los oros de tus palmas.  
Para vivir tú en Chile, también preciso era  
que allá, en el misterioso dominio de las almas,  
se convirtiese en pino la que nació palmera.*

Y pinos son los que se mecen en el valle otoñal de *Oro de Indias* en un milagro de música elegancia:

*Bosques de pinos, diez mil peregrinos,  
ensimismados en goces divinos:  
tienen accesos de olor repentinos  
y se adormecen borrachos de trinos.  
¡Oh voluptuosos reposos andinos:  
sueños risueños de bosques de pinos!*

Ya en *Alma América* nos había dicho el poeta que su Tequendama junta las palmeras y los pinos (las «cuatro estaciones por todos los siglos») en un florido cesto mágico. Lleno de ímpetu juvenil había agregado a la lira «la cuerda de las músicas salvajes». Pero, buen taumaturgo, sabe imponer medi-

da y ritmo en el desbordamiento y si, a veces, aparentemente, lo vemos romper todos los diques, es porque quiere recrearse en la fiesta de su propia fuerza llena de salud y de alegría. Y así también, velado de súbita tristeza, se contempla y se admira a sí mismo en una inocente criatura llena de gracia. Es el hijo que viene dulcemente a prolongar la vieja estirpe de incas y conquistadores:

*Puesto que mi pecado dió vida a tu inocencia,  
tú eres para mí el Angel de la Resurrección!*

Mirando al niño recuerda el poeta toda la gloria dolorosa de su vida, sus triunfos, sus derrotas, su exaltación, su desaliento. Todo habrá de redimirse y purificarse en el ser armonioso que ignora que ha arrancado este grito a la intimidad del poeta:

*Es que en tu alma me siento más tal vez que en la mía.*

El niño mira al mar. Un impulso misterioso lo lleva a dibujar naves, alas, olas. La emoción del poeta está en ese paisaje y en esos ojos limpios que quieren aprisionarlo:

*¿Quién te mueve la mano, si no es el alma mía?*

Y la ternura, la esperanza, el dolor y la muerte ponen su trémolo metafísico en la tragedia del hombre que se siente vivir y continuar en el maravillado amigo de las aves y las flores que dibuja en la página blanca:

*Sin dejar de ser ángel, comienzas a ser hombre.  
¿No te quiebra las alas el peso de mi nombre?  
Como purificado quedo con tu pureza,  
la vida en mí concluye por ser la que en tí empieza.*

#### IV

Otra nota de nuestra flora exuberante llama la atención del maestro Unamuno en los versos de *Alma América*. Austero como un padre del yerno, ascético en su honrada fortaleza de



vasco, en quien no sería aventurado suponer un lejano entronque semítico, agónico en su intensa pasión de heterodoxo sin descanso, el rector salmantino se emociona con nuestras magnolias americanas, tan diferentes; ¡ay! de las de la Plaza de su Bilbao natal. Chocano, por varios modos y en versos admirables siempre, canta a las magnolias. Unamuno, que entre sus muchas virtudes de precursor y de vidente tiene la de haber iniciado el nuevo descubrimiento de América, anotó en su prólogo ya citado y comentado: «Hay en los versos de Chocano algunos que me dan una sensación de americanismo mayor aún que muchos otros. Ved el titulado *La Magnolia*. Es una linda composición,—este epíteto tan usado en América, linda, es el que aquí encaja mejor;—pero esas magnolias americanas, es decir, indígenas, primitivas, son muy otra cosa que aquellas otras melancólicas magnolias que hace tiempo embalsamaban por primavera, bajo el terco orvallo, la Plaza Nueva, aquella puritanesca y casi lúgubre Plaza Nueva de mi Bilbao. ¡Pobres magnolias desterradas, soñando acaso en la selva virgen, entre el geométrico cuadrado de las uniformes casas de aquella Plaza Nueva de mis ensueños juveniles». Más adelante: «las magnolias me traen el recuerdo de mi infancia lenta». Así escribía Unamuno en Salamanca en la primavera de 1906. En 1907, en el volumen de sus religiosas y profundas *Poesías*, transcribía en verso de severo ritmo clásico las emociones que en recia prosa le había suscitado el libro de Chocano:

*Entre tus casas orvallaba triste  
como si al mundo el cielo aleccionase;  
era tu cielo un cielo, hoy lo comprendo,  
muy metafísico.*

*En torno a aquel estanque de las ranas  
de metal vomitando el agua a chorros  
se alzaban desterradas las magnolias  
soñando a América.*

*Llegaba primavera con sus flores  
y el perfume, recuerdo de la selva,  
a embalsamar el patio despedían  
las blancas ánforas.*

*Tiritando las pobres bajo el terco  
orvallo, con los trinos se adormían  
que entre el verdor de su follaje alzaban*

*cientos de pájaros.*

*Así, bajo el tedioso sirimiri  
que hizo en mi alma caer la parda lógica,  
florecieron magnolias que soñaban  
la patria mística.*

*Y me dieron perfumes de la selva  
nunca hollada y los pájaros celestes  
bajaron a cantarme en su verdura  
de amores trémulos.*

Por contraste, Chocano, voluptuoso del color y de la forma, evocaba en Unamuno, poeta interior y místico, sucesor en Salamanca de la cátedra y el martirio de Fray Luis de León, todo el secreto paisaje de su espíritu en los días de su mocedad y niñez, recordados por él más tarde en un pequeño libro sencillo y admirable. Virtud de poeta ha sido despertar en un espíritu superior como el del exégeta de la *Vida de don Quijote y Sancho* estas «divergencias» que, en prosa y en verso, han servido para revelarnos la más profunda intimidad de tan intenso conductor de almas. A Unamuno debemos la tentativa más sincera de cordialidad y de justicia para América. Ha sido el primer español que ha hablado de nosotros sin la menguada intención de adularnos o humillarnos. Su prólogo de *Alma América*, entre otros muchos ensayos sobre nuestras cosas y hombres representativos, tendrá que ser necesariamente recordado cuando se escriba nuestra historia literaria. «Nuestra lengua,—subrayó Unamuno en ocasión que marca todo un momento para España y América—nos dice allende el gran mar cosas que aquí no dijo nunca».

Hoy seguimos encontrándole razón al maestro cuando, con oportunidad de esas *Primicias de Oro de Indias*, hemos procurado contemplar panorámicamente la obra lírica de Chocano. En *Alma América, Fiat Lux, Ayacucho y Los Andes* (canto IV de *El Hombre Sol*), descubrimos una línea clara y armoniosa hacia la cumbre de perfección que culmina en estas *Primicias*.

Poesía de América, de nuestro paisaje, de nuestra historia, traducida en un castellano que no se había oído antes y que, sin embargo, nos parece antiguo. Paralelamente a esta emoción continental que en cada libro ha ido depurándose, va la emoción íntima del poeta que cuenta y canta sus desalientos, sus altas empresas espirituales, sus inquietudes y esperan-

zas. Capítulo especial, que aquí no podemos dejar sino insinuado, es el de la técnica literaria, en la que alcanza una segura e insuperable maestría. Usa la imagen de color hasta fatigarnos la retina con su derroche propio de un buen discípulo de Simbad y Aladino. Enriquece el vocabulario poético con voces de América, a las que da un sello augusto de dignidad y de nobleza. Y embriagado de música, recurre a una métrica personalísima, en la que caben todos los ritmos y sobra todavía espacio para la arbitrariedad elegante y el capricho funambulesco. «Prosa envuelta en verso» ha de llamar él mismo a uno de sus poemas. En *Alma América* surge, sin querer, en muchas de sus composiciones el recuerdo de la técnica de José Asunción Silva, el mago doliente de los *Nocturnos*. Sólo de la técnica. La emoción en José Santos Chocano es siempre personalísima. Personales son también sus adjetivos y sus bizarrias. Como subtítulo de *Alma América* escribe: Poemas Indio-Españoles. Y en la nota de un poema que dedica a Rubén Darío: «Tanto Rubén como yo tenemos la osadía de creer públicamente en Dios». Unamuno, espíritu religioso, nos dice que este poema, *Evangeleida*, no lo es. Niega esta virtud a Chocano para considerarlo más bien un visual enamorado del inédito paisaje de América. Más cerca de la verdad de Chocano estuvo José Enrique Rodó, que reconoció en él «al poeta que, por raro y admirable consorcio, une la audacia altiva de la inspiración con la firmeza escultórica de la forma y que, con generoso designio, se propone devolver a la poesía sus armas de combate y su misión civilizadora, acertando con el derrotero que, en mi sentir, será el de la poesía americana».

Rodó, que no fué profeta cuando negó el americanismo de Rubén Darío, vislumbró plenamente al gran poeta que en *Oro de Indias* afirma armoniosa y victoriosamente su profesión de fe indoespañola. Ayer decía:

*Yo de una rima frágil haré una carabela;  
me sentaré en la popa; desataré la vela;  
y zarparé a las Indias, como un Colón del verso...*

O bien:

*La sangre es española e incaico es el latido;  
y de no ser poeta quizás yo hubiese sido  
un blanco aventurero o un indio emperador.*

Y, todavía, frente a la contemplación de las obras de Velázquez y Goya, para él la fuerza y la gracia, en el Museo del Prado:

*Sentí que se ilustraba, por dentro de mi barro,  
sangre de Calcuchima con sangre de Pizarro;  
y quise en el Museo, pensando en mi montaña,  
ser la mitad de América y la mitad de España.*

Hoy, con el tono indolente de quien ve pasar la vida como a través de un cristal crepuscular, dice:

*He llegado, en tres siglos de viaje, desde España  
nombrado por Cervantes Virrey en el Perú.*

O, enamorado siempre del misterio, que lo ha llevado a través del laberinto de todas las religiones en busca de su alma:

*Yo no sé si fui acaso pájaro en una Antilla  
que al ir de nube en nube como una anunciación  
salir quiso al encuentro del alma de Castilla  
y se posó en un mástil del barco de Colón.*

Persiguiendo esta elegancia de la forma se enamora del áureo vellón de las vicuñas, princesas encantadas que florecen en el silencio blanco de la cordillera andina:

*¿No serán las vicuñas princesas o vestales,  
que, en el pitagorismo de las reencarnaciones,  
en sus venas mantienen fuegos sacerdotales  
o rumian añoranzas de danzas y canciones?*

Vuelve otra vez el poeta a sus juegos de hastío elegante, lánguida flor de decadencia en los que palpita un alma antigua y refinada, sabia en esotéricas iniciaciones:

*Beatitud de mi estancia dormida.  
Yo bendigo el sopor de esta hora,  
sin ninguna ambición fementida,*

*sin ninguna esperanza traidora,  
más allá de la muerte y la vida.*

Y, dejándose llevar de este amor de profunda raíz religiosa, el poeta que cantó un día:

*que el trabajo no es culpa de un Edén ya perdido,  
sino el único medio de llegarlo a gozar*

nos hace hoy voluptuosa y maravillosamente un elogio de la «negligencia sagrada». Bolívar, héroe de su epopeya, toda música y escultura, le da alas para escribir un poema al desaliento:

*Embarquémonos todos en un solo navío  
luciendo en proa un lema que sea un desafío:  
¡Aremos en el mar!*

El poeta dijo un día:

*Donde ha habido laureles  
ha tenido que haber voluntad.*

Y exaltó su emoción en versos de viril resonancia que hacen pensar en los exámetros griegos y que son dignos de ser esculpidos en bronce como el evangelio de un pueblo y una raza que es la juventud del mundo:

*Voluntad es la clava con que Alcides sacude el Olimpo,  
voluntad el escudo con que Aquiles se lanza al fragor.  
Es el arco de Ulises que dispara los dardos certeros.  
Es la espada vibrante de Alejandro que brilla en el sol,  
es un árbol sin flores en que muere Jesús endiosado  
y es la vela sonora que despliega en su nave Colón.*

*Una América hay siempre que te aguarda, Colón: ¡se-  
(rás grandel  
Un altar que te espera tras la muerte, Jesús: ¡serás  
(Dios!*

Ayer el poeta hallaba el más claro y viril símbolo de su vida en la quilla que desafiaba viento y marea con una enérgica y armoniosa elegancia, para hacer su ruta en el océano y rescatar el vellocino encantado. En versos épicos de bíblica entonación dibujaba el perfil helénico de Córdoba, el compañero de Bolívar, célebre por sus arrogantes palabras que resuenan en la historia de América como una trompeta inmortal para señalar el camino de la victoria: «Colombianos: Armas a discreción; de frente; paso de vencedores». Hoy, en un gesto de renunciación suprema en que hay algo de fatalismo oriental y de cristiana resignación el poeta que ha escrito en su escudo la frase rotunda y combativa de *O encuentro camino o me lo abro* propone como lema del desencanto y la derrota:

*Aremos en el mar.*

Y, sin embargo, Chocano continúa fiel a sí mismo. Sus versos de ayer y de hoy no hacen sino mostrar fragmentos de esa creación inagotable que es el alma de un hombre. El dolor y la alegría, la vida y la muerte, la exaltación y el abatimiento no son sino los versos de una estrofa que sólo el poeta sabe rimar y armonizar, forjando con las notas dispersas que llegan a visitarlo en el silencio de su retiro la plenitud de una ideal sinfonía.

Este hombre que no tuvo infancia, nos guarda, en medio del desencanto, pura y fragante el alma que no pudo expandirse en juegos y canciones. Acomodándolos a su vida sentimental que ha conducido su barca errante por los mares del mundo crea ahora sus propios cuentos y nos habla de la Cenicienta, Caperucita, la Bella Durmiente, el Gato Bandido, Barba Azul o el Lobo, pero siempre el protagonista es su corazón atormentado y dulcificado en el sufrimiento. Nuestra naturaleza le presta su tapiz mágico para sus Mil y Una Noches. Y cuando piensa en su vida nos habla también de «las mil y una noches de mis aventuras». Cuando comienza a escribir su autobiografía la titula *Las Mil y Una Aventuras*. Siempre, con insistencia, aparece citado el libro eterno, que ha venido leyendo y relejendo desde la infancia y que le mantiene a flor de alma esa niñez ensombrecida por la tragedia y la muerte.

*Amo el lujo y el ocio de aquella edad remota  
y algo oriental hay dentro del disuelto rubí*

*de mis venas y dentro de mis canciones y  
dentro de casi toda la vida que viví.*

A esta genealogía oriental, aunque la supongamos sueño de poeta, hay que agregar la ingénita gallardía española y la enigmática tristeza americana, que hace al poeta decir al indio:

*Corre en mis venas sangre tuya,  
y por tal sangre, si mi Dios  
me interrogara qué prefiero,  
—cruz o laurel, espina o flor,  
beso que apague mis suspiros  
o hiel que colme mi canción—  
responderé dudando:  
—Quien sabe, Señor!*

Logra el poeta realizar en sí la síntesis del sentimiento autóctono y la cultura hispánica. Su poesía trae un acento que no conocíamos. Alcanza en ella el milagro de la inteligencia ordenadora del caos. Sabe caer de rodillas ante el Quetzal, ave sagrada de las Mil y Una Noches de América que tiene el silencio en su garganta entristecida por la pérdida de su imperio y el arco iris en su pluma heráldica. Y sigue cantando este deslumbramiento de la belleza, aunque, como el ruiseñor de la leyenda, le arranquen los ojos para sentir más celeste su desesperado canto humano. Minero profundo, continúa el poeta buscando bajo nuestros bosques y en el fragor de nuestras ciudades el tesoro oculto de incas y aztecas y descubriendo, más que ese oro de adalinesco resplandor, el recinto secreto e inviolado del alma nuestra impasible, esfíngica, misteriosa. Alma de pueblo nuevo que no ha encontrado su expresión.

y V

Ha sido un hispanista norteamericano, el profesor George W. Umphrey, de la Universidad de Washington, quien más certeramente ha trazado el perfil psicológico de nuestro poeta, al intentar, con buen éxito, el paralelo de Chocano y Walt Whitman. El hombre de Camden fué, para el profesor, un de-

mócrata enamorado de la igualdad, la libertad y la fraternidad. El poeta de Lima «es aristócrata por naturaleza y naturalmente reclama parentesco con los caudillos sociales de todos los tiempos». Canta por igual a los conquistadores y a los héroes indígenas de la resistencia, «personalidades dominantes que no pueden hallar cabida en las modernas democracias». Escribe en su juventud versos contra el tirano, que lo hacen conocer la prisión en hora temprana. Nace su canto arrullado por el horror del Aljibe del Castillo del Rey Felipe que, desde época legendaria, conoce la tortura de los hombres que sufrieron persecución de justicia. Whitman canta a una democracia que tiene en Lincoln su capitán iluminado. Mira Chocano la desolada extensión de la América nuestra y busca siquiera un hombre que nos compense de la ausencia de un pueblo. Dolorosamente, ha de llegar a la conclusión de que las personalidades egregias y creadoras están en nuestro pasado. Una de ellas, entre todas, lo seduce: el Libertador Bolívar. Y el poeta que, casi niño, conoció la prisión por sus ilusiones democráticas, termina virilmente declarando que, al gobierno de la farsa, prefiere el de la fuerza. Escribe un canto del gran poema que América debe a Bolívar y encuentra en el Presidente Leguía, con el mejor estímulo para dar cima a su obra, la más abierta comprensión crítica para medir el destino de este poema épico, inconcluso en su realización, completo y perfecto en su planeamiento arquitectónico. «Si la *Ilíada* tanto sirvió para la unidad de Grecia—escribía a Chocano el Presidente Leguía—si la *Divina Comedia* fué la precursora de la unidad de Italia, yo no dudo de que la Epopeya del Libertador elevará el espíritu continental y determinará en día no lejano la unidad de América». Leguía, que era un déspota ilustrado y amante de la cultura, encargó a Chocano esta empresa espiritual porque consideró como obligación de su gobierno la «de rendir un homenaje intelectual a nuestro héroe epónimo». Y, antes de leer la obra realizada por el poeta, el Presidente estaba seguro de que, «por la índole de su arte», habría de corresponder a «una *Ilíada* de América vista como al través de la fantasía de Dante». El Presidente Leguía, gran bolivariano, tenía en su poder un autógrafo de Bolívar en la última página de un ejemplar de la primera edición hecha en Londres de *El Ingenioso Hidalgo*. Bolívar, cuyo doloroso paralelo con Don Quijote ha escrito Unamuno, «recomienda en tono enfático la lectura del gran libro a todos los habitantes del Perú y Colom-



bia». Rasgos que definen por igual al Libertador, al discutido gobernante contemporáneo, y al poeta, no menos discutido, que con mano magistral ha forjado en su epopeya panteísta la rítmica escultura del héroe.

Enamorado de sí mismo, sano y alegre como un primitivo pastor trashumante, lleva Whitman a su canto la exaltación de las fuerzas naturales que en él culminan como en un ser de selección de la especie humana. El versículo bíblico, amplio y religioso, le da la entonación para su canto apasionado. Nuestro poeta, embriagado de la lujuria de su paisaje tropical, detiene sabiamente el vértigo en su hora de plenitud y dice con voz serena una canción con que acaricia cielo, mar y tierra y exprime su alma cansada del mundo y siempre ávida de nuevas inefables bellezas. «Mi ideal,—escribió un día, y, enamorado de la plenitud ha de seguirlo repitiendo mentalmente— en la vida y en el arte sería el de armonizar la imaginación del latino, la gravedad del germano y la energía del sajón». Sin abatir su lírico penacho, ha hecho en la escuela del sufrimiento su aprendizaje de humildad. No renuncia a sus épicos laureles, pero, como un Francis James varonil y doliente, nos habla de la intimidad del hogar azotado por el ala de la muerte. Las buenas cosas familiares dormidas en la soledad de los muebles dialogan acerca de la madre ausente que ha dejado la huella de una invisible presencia. Todo recuerda una antigua bondad hogareña, una apacible serenidad doméstica:

*... el hogar mío  
donde junto a mi padre siempre grave y sombrío  
mi madre gobernaba su rueca de cristal.*

El recuerdo de la madre, como un templo sepultado, duerme en lo más profundo de su soledad silenciosa:

*Tal siento que, tras la muerte de mi madre,  
en el fondo de mi alma queda muerto mi hogar.*

El poeta pone su emoción a la sordina y su verso, fulgurante de imágenes, se tamiza en una media luz tenue que tiene la leve y melancólica elegancia del claro oscuro. Hay luz de luna en el resplandor de las gemas del verso y un temblor humano recorre el canto que parecía anunciarnos la inmortalidad. Hemos paseado ya por la tierra de la maravilla. Nos he-

mos sumergido en el misterio azul del mundo submarino en *El Pescador de Perlas* y hemos revivido el encanto de las épocas pretéritas que seducen a nuestro poeta en los versos aristocráticos de *En una casa colonial* prestigiados por una noble página antigua:

*... y sin querer  
en el silencio de la noche oigo la gota  
que está llorando por el tiempo que se fué.*

Es una agua fuerte de la colonia en que a la elegancia y el refinamiento de la evocación de una época fastuosa e indolente, se une la pasión trágica escondida bajo la máscara de un alegre carnaval. Y vuelve su amor por los colores deslumbrantes al contemplar en los mares de América a ese mancebo que resucita con su viviente escultura la gloria de los días helénicos:

*al ver en lo obscuro  
brincar las estrellas  
imagínase una mano misteriosa  
que, en mitad del golfo las aguas penetra,  
y arroja a las nubes puñados de perlas.*

El poeta, según su propio decir, ha salido a correr aventuras en la noche de los siglos. Y, sin amargura, nos trae, es-trujándose el corazón como un racimo, una experiencia triste y armoniosa. Fascinado por la fábula oriental, marcha ahora «como un rey que anda tierras vestido de pastor». Ha perdido, acaso, el áureo tesoro de las ilusiones pero ha conquistado la felicidad inefable de saberse y sentirse él mismo. Y así, desde el fondo de la prisión, canta a una estrella argentina como lo haría desde su rama matinal un ave de leyenda. Así también, a través de las rejas hostiles, ve alzarse el perfil de Jesús lleno de gracia y aprende la consoladora enseñanza del perdón. Voluptuoso de todos los sentidos ha comprendido ahora la suprema y divina voluptuosidad de perdonar:

*... Tal vez, hermana mía,  
eso que nos parece maldad sólo es tormento.*

Prisionero vive en una cárcel de amor, en la que Jesús vigila la puerta cuyos barrotes hacen misericordiosamente la señal de la cruz. En un rincón de sombra de retiro llegan a visitarlo todos los grandes calumniados de la historia. Limpio de vanidad, siente la alegría de haber encontrado su alma e iniciar, como un niño, nueva vida. Sin decirlo, su canto melancólico anuncia el alba. Triste y fuerte, sereno como una fuente, espejo del cielo, sabe recoger la belleza del mundo y devolverla, trémula de música y de color, en versos que expresan cristalinamente la esencia de su espíritu. Se funde con la intimidad de su alma la naturaleza bravía de una tierra virgen que tiene en él un verbo resonante y estremecido de su maravilla,

Lejano está el tiempo en que el poeta publicaba libros impresos en tinta azul y conjugaba el verbo amar con un impetuoso fervor dionisiaco. Sigue diciendo:

*El arte es todo vida, la vida es toda amor.*

El paralelo con Whitman que él mismo inició un día con un grito de raza y que el profesor norteamericano lleva a sus últimos extremos, puntualizando sus analogías y diferencias, podría encontrarse justificado en toda su verdad en estos dos versos del poeta de *Briznas de Hierbas*:

*Soy grande. Contengo multitudes.*

*Aquel que toque mi libro tocará a un hombre.*

Ambos se entregan a vivir su destino. Si uno, idílica y bíblicamente, se dedica a cantar a la democracia, el otro leal a sí mismo quema antiguas adoraciones y se inicia en el culto de los héroes, de las voluntades fuertes y de las personalidades egregias. Con diferente genio individual recogen la inspiración de paisajes distintos. Pero uno y otro, en versos varoniles y libres, dan vida perdurable a la esencia de su tierra y de su raza. Juegos maravillosos de ritmo, color y música, los poemas de José Santos Chocano son la herencia espiritual del viejo imperio que, como los persas, adoró al sol.

Verticalmente, sin inquietud ni duelo, el poeta otea el panorama del mundo desde su torre de cristal, abierta para dar paso al amor. Cada cinco años nace un nuevo canto de gracias a su refugio quimérico. 1914, 1919, 1924 son las fechas de los poemas de la torre. En horas de desaliento; que también lle-

gan en el lento crepúsculo, cree que es mentira el cuento oriental que ha vivido en América y entonces dice desoladamente:

*El hijo del Rey  
no vuelve a pasar.*

Pero, sobrecogido por su responsabilidad de poeta y profeta, piensa en la epopeya de América, en el Romancero de América, en las Mil y Una Noches de América, en el libro de su vida que es, también, una historia abreviada de América. Entonces mira desfilar a los toros en una procesional marcha litúrgica, baña en el río donde acecha el caimán a los briosos caballos que descienden de los que trajeron los conquistadores, hace volar a la garza inmaculada o, desde un automóvil que bordea abismos, siente esfumarse en el camino un enigmático rostro de mujer. En el vértigo de una alucinante pesadilla, un tigre salta sobre el lomo de un caballo; y en el silencio de la selva, turbado apenas por el canto de un ave, otro tigre

*se pasea con graves, lentos, blandos pies.*

Y así van surgiendo historias y leyendas de plantas, volcanes, lagunas, ciudades. Así nace la sinfonía de unos trajes femeninos que ciegan con su llamadrada polícroma y acarician voluptuosamente el oído con su frufrú interminable en su delicia paradisiaca. Después de esta feérica fiesta de los sentidos vuelve el poeta a preguntar por su espíritu que en hora primaveral cantaba:

*Mujer: Tú fuiste a modo de un pájaro marino  
caído en la desnuda cubierta de mi nave.*

El viejo Lobo Enamorado que pide piedad a Caperucita, el poeta que se sintió anacrónico hasta decir:

*Mi verdadero presente es el pasado*

sigue todavía buscando el propio camino perdido y clama transido de angustia mística:

*quién sabe en donde esté  
más de lo que estoy en mí.*

De este íntimo combate han de surgir nuevos libros del poeta, que nos revelan hasta el fondo la historia de su alma. El gran lírico es digno del gran épico y se confunde con él en una grávida plenitud armoniosa. Desde su Torre de Cristal puede dar el grito de su hermano Rubén al acercarse, con el cabello gris, a los rosales del jardín: *¡Mas, es mía el Alba de oro!*

Honra y gloria para nuestra será siempre la de que, desde este último rincón del mundo, lance el poeta sus libros que han de leer dos continentes para cerrar con áurea magnificencia el ciclo literario abierto en esta misma tierra por un joven poeta de Nicaragua que se llamó Rubén Darío.